

XX

SEÑORES:

¡Por grande que sea nuestra veneracion á los sagrados misterios de la naturaleza, hay hechos en la vida de los séres organizados que no podemos contemplar sin un sentimiento en que se mezclan confusamente el dolor, la duda, la trizteza, el desaliento!

A esta impresion que subyuga, nadie puede sustraerse, nadie; el sabio lo mismo que el ignorante, el excéptico lo mismo que el cre-

Pronunciado, por encargo del Director de la Escuela Nacional de Ciegos, Licenciado Antonio Martinez de Castro, en la solemne distribucion de premios, que hizo el C. Presidente de la República, entre los alumnos de la Escuela expresada, el dia 23 de Diciembre de 1877.

yente, todos los que pueden darse cuenta de la vida con un asomo de razon, todos sienten un malestar indefinible, como si se encontrasen, de súbito, al borde de un abismo aterrador é insondable.

Entonces, un mundo de interrogaciones brota del espíritu, interrogaciones de una justicia enorme, interrogaciones á veces impías y siempre inútiles, ¡ay! inútiles: interrogaciones, ¿á quién? ¿y por qué? ¿y para qué?..... pero interrogaciones que maltratan como una convulsion, que agotan como un esfuerzo supremo, que destrazan los débiles resortes del pensamiento humano.

¡La ceguera! Hé aquí uno de esos hechos delante de los cuales naufraga el raciocinio. Para los séres vulgares y para los fisiologistas la ceguera no es mas que la supresion de un sentido, pero para el filósofo, para el que estudia al hombre con relacion al medio en que habita, la ceguera es un motivo de interminables y amarguísimas reflexiones.

¡La noche eterna! ¡Tinieblas que no disipará jamas ni un lampo de aurora! ¡El planeta, lejos del sol que es su vida, y sepultado en las ondas inmensas del caos!

Nosotros que vemos, no podemos formarnos una idea de esta situacion pavorosa, sino por las horas en que la noche envuelve nuestro hemisferio y en que luz ninguna, ni sideral, ni artificial, refleja sobre los objetos que nos rodean.

Y sin embargo, esta idea no puede ser completa; tenemos algo de luz en la espectacion de la luz; nuestra imaginacion semejante á los celajes del Ocaso y del Oriente conserva y anticipa los fenómenos de la vision aun en medio de tinieblas pasajeras.

¡La luz! Si la mitad de la vida se condensa en luz, si la luz es la coloracion del mundo y la revelacion del infinito, si la idea que produce es el sendero que nos lleva á los espacios inmensos.... la falta de la luz es la supresion de la mitad de nuestros pensamientos. Para el que nació ciego no existe la mitad de las cosas; para el que cegó habiendo visto, se pierde la mitad de la vida.

Cuando se comparan entre sí estos dos infortunios, cada uno se cree el mayor. El ciego de nacimiento lucha en su ansiedad curiosa contra el obstáculo de la impotencia; el que cegó, después de haber conocido la luz, lucha

en la amargura de sus recuerdos contra el obstáculo de lo irreparable. Y sin embargo, los dos tienen un poderoso consuelo. El uno, al menos, ignora; el otro, al menos, recuerda.

De todos modos, en presencia de semejante desgracia, solo la fé religiosa, madre de la resignación y la esperanza, y la ciencia, madre de la reflexión y la serenidad, pueden secar las lágrimas después de que ha pasado la primera horrible impresión de dolor y de duda.

Y no solo enjugan el llanto y acallan la desesperación, sino que consuelan convenciendo y hacen convertirse el gemido y la queja en sonrisa triunfal.

La ciencia dice: que la naturaleza, madre santa y tierna, y ciega también, que ama á todos sus hijos, con un cariño inmenso, como si quisiera reparar de algún modo una falta involuntaria con una compensación eterna, como sus leyes, cuando ha matado un sentido da doble vida á los otros, doble vida que envidian los que poseen completos los suyos, doble vida que hace innecesario hasta cierto punto, el que falta.

Así, el ojo del ciego es inútil, pero su oído

se convierte en foco de vida, la ráfaga de luz no hace girar en torno de él, el espectáculo del mundo; pero la ráfaga de armonía convierte para él la vida en un concierto perenne; el color le es desconocido, pero la forma palpita bajo su tacto, la atmósfera le descubre misterios que en vano querría penetrar nuestra vista; los fenómenos de la audición, del olfato, del tacto suplen maravillosamente á los fenómenos de la visión; la necesidad de vivir en una constante concentración produce una subjetividad que abre al espíritu del ciego horizontes inmensos; las grandes funciones ideológicas adquieren una potencia colosal, la concepción es rápida, la atención incomparable, el juicio de una serenidad olímpica. Los antiguos no concebían á la sublime divinidad de la Justicia, sino ciega.

La ciencia dice: que el ciego con este conjunto de las facultades que centuplica en su espíritu la negación de la luz, se crea un mundo aparte tan bello como el mundo visible, y se forja una Estética con las reglas de la armonía y de la forma quizá más exacta que nuestra Estética convencional. ¿Quién es aquel

que puede dar en la tierra la norma de lo absoluto? ¿Quién puede establecer un criterio infalible entre las sensaciones percibidas? Nosotros somos tal vez los ciegos fascinados con la luz.

Lo innegable es, que así como entre las sombras que esconde el seno de la tierra, se producen las mas bellas creaciones de la minería, los metales preciosos, el diamante, lucero del abismo, el rubí, la esmeralda, el zafiro, el topacio, la ametista, el jacinto, maravillas de coloracion; así tambien el genio entre las sombras de la ceguera ha asombrado al mundo con las creaciones mas bellas de la poesía: *La Iliada*, lucero de la humanidad, brotó del cerebro del ciego Homero, y el *Paraiso Perdido* brotó del cerebro del ciego Milton, el Homero inglés.

Entre nosotros, el genio poético de Juan Valle, el Milton mexicano, ¿no ha producido obras inmortales que son una cascada de piedras preciosas?

La ciencia dice: que cuando el ingenio del hombre ha logrado en los tiempos modernos iluminar el espíritu del ciego con esa luz más poderosa que la luz material, que se llama la

instruccion, cuando ha podido hacerle comprender las admirables combinaciones del alfabeto para hacerlas servir. ademas de la palabra hablada, de vínculo con todos los hombres y de clave de la civilizacion general, cuando ha puesto, por decirlo así, ojos en los dedos del ciego, ha hecho desaparecer para él las sombras más terribles, las de la ignorancia, le ha abierto las puertas de la ciencia y de las artes, le ha dado, como al que ve, el cetro del mundo, lo ha redimido de la miseria y del abatimiento, le ha hecho vivir en el pasado, con la historia, le concede viajar por el planeta y por el espacio con la Cosmografía y la Geografía, y le permite como á nosotros vivir en el porvenir con el cálculo, la estadística y las ciencias políticas. De este modo, puede decirse que el ciego ya no es ciego, y que el arte ha concluido de reparar la falta de la naturaleza.

La ciencia dice, por último, que la ceguera más espantosa no es la física, sino la moral, que el ignorante está abajo del ciego instruido, en la escala social, y aun en los goces íntimos del corazón; que la oscuridad más dolorosa no es la de los ojos, sino la de la razón,

y que el loco infeliz es cien veces, mil veces más digno de piedad, porque en la noche del idiotismo no puede ¡ay! ¡penetrar ni un vislumbre de consuelo!

Esto dice la ciencia, y bastaría para satisfacción de los ciegos y de los pueblos cultos y humanitarios que como el nuestro, han abierto con la protección de un gobierno ilustrado, escuelas de asilo é instrucción para los pobres niños á quienes el infortunio privó de la vista.

Pero aun hay mas, y voy á deciroslo, hijos míos, alumnos de la Escuela de Ciegos de México, voy á repetiroslo porque ya está en vuestra inocente y pura conciencia alentada por el acento dulcísimo de una tierna madre ó por la voz paternal y cariñosa de vuestros directores.

La fé religiosa dice: ¡que hay más allá de esta vida frágil y breve, turbada por las zozobras y amargada por las lágrimas, más allá de este mundo agitado por deseos insensatos y por pasiones mezquinas, más allá de estos senderos en que la planta pisa abrojos y en que el corazón desfallece de aflicción y de angustia, hay una vida inmortal y serena, alum-

brada, no por la luz de los astros también perecedera y cambiante, sino por una luz apacible y dulce, magnífica y eterna, la luz del amor y de la felicidad!..... luz divina, premio de los que han sufrido y para la cual no necesitaréis de los sentidos de la tierra, sino de la virtud de vuestra alma resignada y humilde, paciente y bondadosa.

Allá en esa vida, el Sér que preside al Universo, la Bondad Suprema que anima los mundos, recompensa con goces inmortales á los desgraciados los momentos de dolor y de tristeza que han sufrido acá en la tierra. ¡Aquello sí es día! ¡aquello sí es luz!

Esto os dice la fé religiosa, ¿no es verdad hijos míos? Pues bien: ¡conservadla como un precioso tesoro, conservadla como una lumbre de esperanza, como el báculo de viaje que os hará menos fatigoso el áspero sendero de la vida!